

EL FARO DE LOS LIBROS

•••
miscelánea

Por el autor de *Tigre Blanco*
ganador del Man Booker Price 2008

ARAVIND
ADIGA

Traducción de
Santiago del Rey

EL FARO
DE LOS LIBROS

ARAVIND ADIGA

EL FARO
DE LOS LIBROS

Traducción de Santiago del Rey

Título original:
Between the Assassinations

Copyright © 2008 by Aravind Adiga

Primera edición: noviembre de 2009

© de la traducción: Santiago del Rey

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
www.miscelaneaeditores.com
info@miscelaneaeditores.com

Impreso por Brosmac, S. L.
Carretera Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-937228-3-8
Depósito legal: M. 37.862-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A Ramin Bahrani

LLEGADA A KITTUR

Kittur se encuentra en la costa sudoeste de la India, entre Goa y Calicut, en un punto casi equidistante de ambas. Limita al oeste con el mar de Arabia y al sur y al este con el río Kaliaamma. La ciudad se halla asentada entre empinadas colinas; la tierra es negra y ligeramente ácida. Los monzones llegan en junio y asedian la ciudad hasta bien entrado septiembre. Los tres meses siguientes son secos y cálidos, y constituyen la mejor época para visitar Kittur. Dada su riqueza histórica y su pintoresca belleza, así como la diversidad de religiones, razas y lenguas que conviven en sus calles, es recomendable una estancia mínima de una semana.

PRIMER DÍA: LA ESTACIÓN DE TREN

Los arcos de la estación enmarcan el primer atisbo de Kittur que tiene el turista al llegar en el Correo de Madrás (a primera hora de la mañana) o en el Expreso de la Costa Oeste (a mediodía). La estación, apenas iluminada, está sucia y llena de envoltorios de comida que husmean con desgana los perros callejeros; de noche, aparecen las ratas.

Las paredes se encuentran cubiertas con la imagen de un alegre y rollizo barrigón totalmente desnudo, con los genitales estratégicamente tapados por sus piernas cruzadas, que flota sobre un rótulo escrito en canarés: «UNA PALABRA DE ESTE HOMBRE PUEDE CAMBIAR TU VIDA». Es el líder espiritual de la secta jainista local, que administra un comedor y un hospital gratuito.

El famoso templo Kittamma Devi, una estructura moderna de estilo tamil, se levanta en el mismo lugar donde se cree que existía un antiguo santuario de la diosa. Se puede llegar andando desde la estación y suele ser la primera escala de los visitantes de la ciudad.

* * *

Ninguno de los demás tenderos de la zona de la estación le habría dado trabajo a un musulmán, pero Ramanna Shetty, dueño del Ideal Store, un salón de té y *samosas*, le había dicho a Ziauddin que podía quedarse. Siempre, eso sí, que prometiese trabajar duro y no se metiera en líos ni hiciera el sinvergüenza.

La esmirriada criatura, cubierta de polvo, dejó caer su bolsa al suelo y se llevó la mano al corazón.

—Yo soy musulmán, señor. Nosotros no hacemos el sinvergüenza.

Ziauddin era menudo y renegrado, con unos mofletes de bebé y una gran sonrisa de duende que dejaba al descubierto sus dientes de conejo. Calentaba el té para los clientes en un voluminoso hervidor de acero inoxidable que parecía picado de viuelas, y lo observaba con furiosa concentración mientras el agua burbujeaba y rebosaba por los bordes, haciendo chisporrotear la llama de gas. Luego hundía la mano en una de las magulladas cajas de hojalata que tenía al lado para añadir polvo de té negro, un puñado de azúcar o un trozo de jengibre molido. Entonces se mordía los labios, contenía el aliento e inclinaba el hervidor con el brazo izquierdo sobre un colador, y el té hirviente se derramaba a través de sus poros medio obturados en los vasitos colocados en una caja de huevos de cartón.

Los llevaba de uno en uno a las mesas y dejaba maravillados a los toscos tipos que frecuentaban el local interrumpiendo sus conversaciones al grito de: «¡Y uno! ¡Y dos! ¡Y tres!», mientras los plantaba ante ellos con un golpe. Luego lo veían acucillado en un rincón, lavando platos en una artesa llena de agua turbia, o envolviendo grasientas *samosas* en páginas arrancadas de libros de trigonometría para enviarlas a domicilio; o bien sacando la mugre acumulada en los orificios del colador; o bien ajustando con un destornillador oxidado un clavo suelto del respaldo de una silla. Cuando alguien pronunciaba una palabra en inglés,

paraba en seco, se daba la vuelta y la repetía a voz en cuello («*Sunday-Monday! Goodbye, Sexy!*») y el salón entero estallaba en carcajadas.

A última hora, cuando Ramanna Shetty iba a cerrar, Thimma, el borracho del barrio, que compraba tres cigarrillos cada noche, se partía de risa mientras contemplaba a Ziauddin empujando trabajosamente el gigantesco frigorífico hacia el interior del local, con el trasero y los muslos pegados al armatoste.

—¡Mira el mequetrefe! —decía Thimma, aplaudiendo—. El frigorífico es más grande que él, ¡pero menudo luchador está hecho!

Le pedía al mequetrefe que se acercara y le ponía en la mano una moneda de veinticinco paisas. El chico miraba al dueño, como solicitando su aprobación. Y cuando Ramanna Shetty asentía, cerraba el puño y gritaba en inglés.

—*Thanks you, sir!*

Una noche, tras ponerle una mano en la cabeza al chico, Ramanna Shetty lo arrastró hacia el borracho y le preguntó:

—¿Cuántos años crees que tiene? Adivínalo.

Thimma se enteró entonces de que el mequetrefe tenía casi doce. Era el sexto de los once hijos de una familia campesina del norte del estado. Acabadas las lluvias, su padre lo había subido a un autobús y le había dicho que se bajara en Kittur y se paseara por el mercado hasta que alguien le diese trabajo.

—Lo mandaron sin una sola paisa —dijo Ramanna—. Para que se las ingeniara por su propia cuenta.

Volvió a ponerle la mano en la cabeza.

—Y de ingenio anda más bien escaso, te lo aseguro, incluso para lo que es un musulmán.

Ziauddin se había hecho amigo de los otros seis chicos que lavaban platos y atendían el salón de Ramanna. Dormían todos juntos en una tienda que habían montado detrás del local. El do-

mingo a mediodía Ramanna bajó la persiana y, tras subir a su vespa de color crema y azul, se dirigió al templo Kittamma Devi lentamente, y dejó que los chicos lo siguieran a pie. Mientras entraba a ofrecerle un coco a la diosa, ellos se sentaron en el asiento verde de la vespa y empezaron a discutir sobre las palabras escritas en canarés en la cornisa del templo con gruesas letras rojas:

HONRA A TU VECINO, A TU DIOS

—Quiere decir que la persona de la casa de al lado es tu dios —teorizó uno de los chicos.

—No, significa que Dios está cerca de ti si de verdad crees en Él —replicó otro.

—No, significa..., significa... —trató de explicar Ziauddin. Pero no lo dejaron acabar.

—¡Si ni siquiera sabes leer y escribir, paleta!

Cuando Ramanna gritó que entraran en el templo, dio unos pasos con los demás, vaciló y regresó corriendo a la vespa.

—Yo no puedo entrar, soy musulmán.

Había pronunciado la palabra en inglés y con tal solemnidad que los otros chicos se quedaron un momento en silencio; luego sonrieron.

Una semana antes del comienzo de las lluvias, el chico preparó su hatillo y dijo:

—Me voy a casa.

Iba a cumplir con sus deberes familiares, o sea, a trabajar con su padre, su madre y sus hermanos limpiando, sembrando o segando los campos de algún propietario rico por unas pocas rupias al mes. Ramanna le dio un «extra» de cinco rupias (descontando diez paisas por cada una de las dos botellas de Thums Up que había roto) para asegurarse de que volviera de su pueblo.

Cuando regresó, cuatro meses después, había contraído vití-

ligo y una piel rosada le veteaba los labios y le salpicaba de manchas los dedos y los lóbulos de las orejas. Sus mofletes de bebé se habían evaporado durante el verano; había vuelto flaco y quemado, y con una expresión salvaje en los ojos.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Ramanna, después de darle un abrazo—. Se suponía que tenías que volver hace un mes y medio.

—No ha pasado nada —dijo el chico, que se frotó los labios descoloridos con un dedo.

Ramanna pidió un plato de comida inmediatamente; Ziauddin lo tomó y metió toda la cara como un animalito, y el dueño no tuvo más remedio que decirle:

—¿Es que no te daban de comer en casa?

Exhibieron al «mequetrefe» ante todos los clientes, muchos de los cuales llevaban meses preguntando por él. Algunos de los que se habían pasado a los otros salones de té, bastante más limpios, que estaban abriendo alrededor de la estación, volvieron al local de Ramanna sólo para verlo. Por la noche, Thimma lo abrazó varias veces y le deslizó dos monedas de veinticinco paisas, que Ziauddin aceptó en silencio y se metió en el bolsillo. Ramanna le gritó al borracho:

—¡No le des propinas! ¡Se ha vuelto un ladrón!

Lo habían pillado *in fraganti* robando *samosas*, según dijo Ramanna. Thimma preguntó si hablaba en serio.

—Yo tampoco me lo habría creído —masculló Ramanna—. Pero lo he visto con mis propios ojos. Estaba sacando una bandeja de la cocina y... —Ramanna mordió una *samosa* imaginaria.

Apretando los dientes, Ziauddin había empezado a empujar el frigorífico hacia el interior del local.

—Pero si era un muchachito muy honrado... —recordó el borracho.

—Quizás haya robado siempre y no nos habíamos dado cuenta. No puedes fiarte de nadie hoy en día.

Las botellas del frigorífico tintinearón. Ziauddin se había detenido en seco.

—¡Yo soy un pathan! —dijo, golpeándose el pecho—. ¡De la tierra de los pathanes del norte, donde hay montañas llenas de nieve! ¡No soy hindú! ¡No hago el sinvergüenza!

Y se marchó a la trastienda.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó el borracho.

El dueño le explicó que Ziauddin ahora se pasaba el día farfullando en su jerga pathan; suponía que la había aprendido de algún mulá del norte.

Thimma estalló en carcajadas. Puso las manos en jarras y gritó hacia la trastienda:

—¡Ziauddin, los pathanes son blancos como Imran Khan, y tú eres tan negro como un africano!

A la mañana siguiente se armó una bronca en el Ideal Store. Habían pillado a Ziauddin con las manos en la masa. Tras agarrarlo del cuello de la camisa y arrastrándolo ante toda la clientela, Ramanna Shetty le gritó:

—¡Dime la verdad, hijo de mujer calva! ¿La has robado? Dime la verdad esta vez y quizá te dé otra oportunidad.

—He dicho la verdad —replicó Ziauddin, que se tocó con un dedo los labios marcados de vitíligo—. No he tocado ni una *samosa*.

Ramanna lo agarró del hombro, lo tiró al suelo y lo sacó del salón a patadas, mientras los demás chicos, impassibles, se apiñaban alrededor y miraban la escena, como las ovejas cuando esquilan a alguna de su rebaño. Entonces Ramanna soltó un alarido y alzó un dedo ensangrentado.

—¡Me ha mordido, el muy animal!

—¡Soy un pathan! —le gritó Ziauddin, incorporándose—.

Vinimos aquí y construimos el Taj Mahal y el Fuerte Rojo de Delhi. ¡No te atrevas a tratarme así, hijo de mujer calva!

Ramanna se volvió hacia el círculo de clientes apretujados alrededor; los miraban alternativamente a los dos tratando de averiguar quién tenían razón.

—Aquí no hay trabajo para un musulmán, ¡y él va y se pelea con el único que ha querido tomarlo como empleado!

Unos días más tarde, Ziauddin pasó por delante del salón de té, conduciendo una bicicleta con un carrito adosado donde tintineaban grandes jarras de leche.

—Mírame —le dijo, burlón, a su antiguo jefe—. ¡Los lecheros sí se fían de mí!

Pero aquel puesto tampoco le duró mucho; volvieron a acusarlo de robar. Él juró que no trabajaría nunca más para un hindú.

Los inmigrantes musulmanes se estaban instalando en la otra punta de la estación y habían empezado a abrir sus propios restaurantes. Ziauddin encontró trabajo en uno de ellos. Preparaba tortillas y tostadas en una parrilla al aire libre y gritaba en urdu y en malabar:

—Hermanos musulmanes, de dondequiera que vengáis, de Yemen, de Kerala, de Arabia o de Bengala, ¡venid a comer a un establecimiento genuinamente musulmán!

Pero ni siquiera ese empleo le duró. Una vez más, su jefe lo acusó de robar y lo abofeteó cuando se atrevió a replicarle. A continuación lo vieron con un uniforme rojo en la estación de trenes, cargando en la cabeza montones de maletas y discutiendo acaloradamente con los pasajeros.

—¡Soy hijo de un pathan! ¡Tengo sangre pathan! ¿Me oye? ¡No soy ningún timador!

Cuando los miraba airado, parecía que se le salían los ojos y se le marcaban los tendones en el cuello. Se había convertido en

uno de esos tipos demacrados y solitarios de ojos brillantes que rondan por las estaciones de la India, que fuman *beedis* por los rincones y parecen capaces de golpear o matar a alguien sin previo aviso. Y no obstante, cuando los antiguos clientes del salón de Ramanna lo reconocían y lo llamaban por su nombre, sonreía de oreja a oreja, y aún veían en él algo de aquel chico sonriente que plantaba de golpe los vasitos de té en sus mesas y que imitaba torpemente sus frases en inglés. Se preguntaban qué demonios le habría pasado.

Al final, Ziauddin empezó a provocar riñas con los demás mozos y también lo expulsaron de la estación. Durante varios días vagó de aquí para allá, maldiciendo por igual a hindúes y a musulmanes. Luego apareció otra vez en la estación, cargando maletas sobre la cabeza. Era trabajador, eso todo el mundo lo reconocía. Y ahora había trabajo de sobra para todos. Habían llegado a Kittur varios trenes llenos de soldados (en el mercado se rumoreaba que iban a construir una base del ejército en la carretera de Cochín) y, una vez que hubieron partido, siguieron llegando trenes de carga durante días, con cajones enormes que había que descargar. Ziauddin mantuvo la boca cerrada y se dedicó a bajar cajones y a sacarlos de la estación, donde aguardaban los camiones del ejército para llevárselos.

Un domingo, a las diez de la mañana, yacía medio dormido en el andén, exhausto por el trabajo de toda la semana, cuando lo despertó un ligero picor en la nariz: un olor a jabón que impregnaba el aire. Corrían por su lado regueros burbujeantes de espuma. Al borde del andén, había una hilera de cuerpos renegridos y macilentos desfilando bajo una manguera.

La fragancia de la espuma lo hizo estornudar.

—¡Eh, baños en otra parte! ¡Dejadme en paz!

Los hombres se reían a carcajadas, daban gritos y lo señalaban con los dedos cubiertos de espuma.

—¡Nosotros no somos sucios animales, Zia! ¡Algunos somos hindúes!

—¡Y yo soy un pathan! —aulló—. ¡A mí no me habléis así!

Había empezado a increparlos cuando sucedió algo extraño; todos los que estaban bañándose se alejaron de golpe:

—¿Necesita un culi, señor? —gritaban—. ¿Necesita un culi?

Aunque no había llegado ningún tren, se había materializado en el andén un forastero: un hombre alto de tez clara, con una bolsa negra pequeña. Llevaba una impecable camisa blanca y pantalones de algodón, y todo en él olía a dinero, lo cual enloqueció a los mozos, que se apretujaron a su alrededor, todavía cubiertos de espuma, como si estuvieran aquejados de una espantosa enfermedad y él fuera el médico que acaso podría curarlos. Pero el forastero los rechazó a todos y se acercó al único mozo desprovisto de espuma.

—¿Qué hotel? —dijo Ziauddin, poniéndose de pie con esfuerzo.

El hombre se encogió de hombros, como diciendo: «Elígelo tú», y miró con desagrado a los demás, que seguían rondándolo casi desnudos y con el cuerpo enjabonado.

Zia les enseñó a todos la lengua y se alejó con él.

Se dirigieron a los hoteles baratos de las inmediaciones de la estación. Tras detenerse frente a un edificio cubierto de rótulos —electricistas, perfumerías, farmacias, fontaneros—, Ziauddin señaló un cartel rojo del segundo piso.

HOTEL DECOROSO
ALOJAMIENTO Y COMIDA
TODOS LOS SERVICIOS Y COCINAS

DEL NORTE Y DEL SUR DE LA INDIA
PLATOS CHINOS Y TIBETANOS
TAXI, PASAPORTE, VISA, FOTOCOPIAS
CONFERENCIAS CON TODOS LOS PAÍSES DEL MUNDO

—¿Qué le parece éste, señor? Es el mejor de la ciudad. —Se llevó la mano al pecho—. Le doy mi palabra.

El hotel Decoroso tenía un acuerdo con los mozos: una tajada de dos rupias y media por cada cliente que llevaran.

El forastero bajó la voz, con aire de complicidad.

—Pero ¿es un «buen» sitio, amigo? —preguntó, diciendo la palabra clave en inglés, como para subrayarla.

—Muy bueno —respondió Zia con un guiño—. Muy, muy bueno.

El hombre le indicó con el dedo índice que se acercara y le dijo al oído:

—Mi querido amigo, yo soy musulmán.

—Lo sé, señor. Yo también.

—No un musulmán cualquiera. Soy un pathan.

Ziauddin, como si hubiese oído un conjuro mágico, lo miró boquiabierto.

—Perdón, señor... Yo..., yo no... ¡Alá lo ha puesto exactamente en las manos más indicadas! Y éste no es un hotel para usted, señor. Es muy mal hotel, de hecho. Y no es el lugar...

Se cambió de mano la bolsa del forastero y le hizo rodear la estación hasta el otro extremo. Allí los hoteles eran de propietarios musulmanes y no les ofrecían tajada a los mozos. Se detuvo ante uno de ellos:

—¿Qué le parece éste?

HOTEL DARUL-ISLAM
ALOJAMIENTO Y COMIDA

El hombre examinó el rótulo, el arco verde de la entrada, la imagen de la Gran Mezquita de la Meca sobre el dintel; entonces se metió la mano en el bolsillo de sus pantalones grises y sacó un billete de cinco rupias.

—Es demasiado, señor, por una bolsa. Deme dos rupias.
—Se mordió el labio—. No, incluso eso es demasiado.

El forastero sonrió.

—Eres un hombre recto, por lo que veo.

Le dio unos golpecitos en el hombro con dos dedos de la mano izquierda.

—Tengo un brazo malo, amigo. No habría podido llevar la bolsa sin sentir un gran dolor. —Le apretó el billete en las manos—. Merecerías incluso más.

Ziauddin tomó el dinero y lo miró a la cara.

—¿De verdad es usted un pathan, señor?

El chico se estremeció al oír su respuesta.

—¡Yo también! —aulló, y echó a correr como un loco y repitió una y otra vez—: ¡Yo también! ¡Yo también!

Aquella noche, Ziauddin soñó con montañas llenas de nieve y con una raza de hombres de tez blanca y exquisita educación que daban majestuosas propinas. Por la mañana, regresó a la pensión y se encontró al forastero sentado en uno de los bancos que había fuera, dándole sorbos a una taza amarilla.

—¿Quieres tomar el té conmigo, pequeño pathan?

Ziauddin meneó la cabeza, desconcertado, pero el hombre ya estaba chasqueando los dedos. El dueño, un tipo grueso con el labio superior afeitado y una esponjosa barba blanca, como una gran luna creciente, miró huraño al mozo harapiento y le indicó con un gruñido que por esta vez podía sentarse.

—Entonces —le dijo el forastero—, ¿tú también eres un pathan, mi pequeño amigo?

Ziauddin asintió y le dijo cómo se llamaba el hombre que así se lo había asegurado.

—Era un hombre instruido, señor. Había pasado un año en Arabia Saudita.

—Ah —dijo el forastero, moviendo la cabeza—. Ya veo, ya veo.

Pasaron unos minutos en silencio.

—Espero —dijo Ziauddin— que no vaya a quedarse mucho tiempo, señor. Ésta es una ciudad mala.

El pathan enarcó las cejas.

—Para musulmanes como nosotros, es mala. Los hindúes no nos dan trabajo ni nos respetan. Hablo por experiencia propia, señor.

El forastero sacó un cuaderno y empezó a escribir. Zia lo observaba. Contempló otra vez su hermoso rostro, sus ropas caras; aspiró la fragancia de su piel. «Este hombre es un compatriota tuyo, Zia —se dijo—. Un compatriota.»

El pathan terminó su té y bostezó. Como si se hubiera olvidado de él, entró en la pensión y cerró la puerta.

En cuanto desapareció su huésped, el dueño miró a Ziauddin a los ojos y le hizo un gesto seco, y el culi comprendió que su té no iba a llegar. Volvió a la estación, donde se apostó en su rincón habitual y aguardó a que se le acercase algún pasajero cargado con baúles de acero o bolsas de cuero para que se los subiera al tren. Pero su alma resplandecía de orgullo y aquel día no se peleó con nadie.

A la mañana siguiente, lo despertó un olor a ropa recién lavada.

—Un pathan se levanta siempre al alba, amigo mío.

Bostezando y estirándose, Ziauddin despegó los párpados: un par de hermosos ojos azul pálido lo miraban desde arriba (unos ojos de un color que sólo puede adquirir un hombre que

ha mirado mucho tiempo la nieve). Ziauddin se incorporó, dando un traspié, y se disculpó ante el forastero; luego le estrechó la mano y a punto estuvo de besarlo en la cara.

—¿Has comido algo? —preguntó el pathan.

Zia negó con la cabeza; nunca comía antes de mediodía.

El pathan se lo llevó a uno de los puestos de los alrededores de la estación en donde servían té y *samosas*. Era un sitio en el que Zia había trabajado tiempo atrás, y los empleados lo miraron atónitos al ver que se sentaba y gritaba:

—¡Un plato de lo mejor! ¡Aquí hay dos pathanes que necesitan alimentarse!

El forastero se inclinó hacia él.

—No lo digas en voz alta. No han de saber nada de nosotros. Es un secreto.

Se apresuró a ponerle un billete en las manos. El chico lo desarrugó y vio un tractor y un sol naciente rojo. ¡Cinco rupias!

—¿Quiere que le lleve la bolsa hasta Bombay? Así de lejos puede llegar este billete en Kittur.

Se irguió en su silla cuando un criado depositó ante ellos dos vasos de té y un plato con una *samosa* grande, cortada en dos pedazos y cubierta de ketchup aguado. Se pusieron a masticar cada uno su pedazo. Luego, quitándose un trocito de comida de los dientes, el hombre le dijo lo que esperaba a cambio de sus cinco rupias.

Media hora más tarde, Zia se sentó en un rincón de la estación, junto a la puerta de la sala de espera. Cuando la gente le pedía que cargase su equipaje, meneaba la cabeza:

—Hoy tengo otro trabajo —les decía.

Fue contando los trenes que llegaban. Como no era fácil recordar el total, se alejó un poco más y se sentó a la sombra de un árbol que crecía dentro de la estación; cada vez que una locomotora pasaba silbando, hacía una marca en el lodo con el dedo

gordo del pie; cada grupo de cinco lo tachaba con un trazo. Algunos trenes iban abarrotados; otros tenían vagones enteros de soldados armados con rifles; y otros estaban casi vacíos. Se preguntaba adónde se dirigirían aquellos trenes, toda aquella gente... Cerró los ojos y empezó a dormitar. Lo sobresaltó el ruido de una locomotora y se apresuró a hacer otra marca con el dedo gordo. Cuando se puso de pie para ir a comer, se dio cuenta de que se había sentado sobre una parte de las marcas y que las había emborronado. Tuvo que ponerse a descifrarlas desesperadamente.

Por la noche, encontró al pathan en uno de los bancos frente a la pensión, tomando té. El hombre sonrió al verlo y dio tres palmadas en el espacio libre que quedaba a su lado.

—Ayer no me trajeron té —se quejó el chico, y le explicó lo que había pasado.

El rostro del pathan se ensombreció; Ziauddin vio que era un hombre recto. También poderoso: sin decir una palabra, se volvió hacia el dueño y lo miró con el ceño fruncido. No pasó un minuto antes de que saliera corriendo un chico con una taza amarilla y se la pusiera a Zia delante. Él aspiró la fragancia del cardamomo y de la leche humeante.

—Han llegado a Kittur diecisiete trenes —dijo—. Y han salido dieciséis. Los he contado todos, como me pidió.

—Bien —dijo el pathan—. Y ahora dime: ¿cuántos de esos trenes llevaban soldados indios?

Ziauddin se lo quedó mirando.

—Repito: ¿cuántos-de-esos-trenes-llevaban-soldados-indios?

—Todos llevaban soldados... No sé...

—Había seis trenes con soldados indios —dijo el pathan—. Cuatro iban a Cochín, dos volvían.

Al otro día, Ziauddin se sentó bajo el árbol media hora an-

tes de que llegara el primer tren. Hizo una marca con el dedo gordo; en un intervalo, fue a la cafetería de la estación.

—¡Tú no puedes entrar! —le gritó el dueño—. ¡No queremos más líos!

—No voy a armar líos. Esta vez tengo dinero —dijo, poniendo un billete de una rupia en el mostrador—. Mete ese billete en la caja y dame una *samosa* de pollo.

Aquella noche, Zia informó al pathan de que habían llegado once trenes con soldados.

—Buen trabajo.

El hombre, tras alargar el brazo malo, le dio un ligero apretón en cada mejilla. Luego sacó otro billete de cinco rupias, que el chico tomó sin vacilar.

—Mañana quiero que mires cuántos trenes tienen una cruz roja en los lados de los vagones.

Ziauddin cerró los ojos y repitió:

—Cruz roja en los lados. —Se levantó de un salto, hizo un saludo militar y añadió—: ¡Gracias, señor!

El hombre se echó a reír con una risa cálida y cordial, propia de un extranjero.

Al día siguiente, Ziauddin se sentó una vez más a la sombra del árbol y fue haciendo marcas con el dedo gordo en tres columnas distintas. En la primera, el número de trenes. En la segunda, el número de trenes con soldados. En la tercera, el número de trenes con una cruz roja en los vagones.

Dieciséis, once, ocho.

Pasó otro tren; Zia levantó la vista, guiñando los ojos, y luego situó el dedo sobre la primera columna.

Mantuvo el dedo así, suspendido un instante en el aire, y lo depositó en el suelo, procurando no emborronar ninguna marca. El tren salió de la estación y, casi de inmediato, apareció otro lleno de soldados. Pero él no lo añadió a la cuenta. Se ha-

bía quedado mirando las marcas, como si acabase de descubrir algo en ellas.

El pathan estaba en la pensión cuando Ziauddin llegó a las cuatro. Llevaba rato paseándose entre los bancos con las manos detrás. Se acercó rápidamente al chico.

—¿Tienes el número?

Ziauddin asintió, pero en cuanto se sentaron, le dijo:

—¿Por qué quiere que haga todo esto?

Él se inclinó sobre la mesa y trató de acariciarle el pelo con su brazo débil.

—Por fin lo preguntas —dijo con una sonrisa.

El dueño de la pensión, con aquella barba parecida a una luna creciente, apareció sin que lo llamasen; puso dos tazas de té en la mesa y retrocedió frotándose las manos y sonriendo. El pathan lo despidió con un gesto de la barbilla y dio un sorbo de té. Ziauddin no tocó el suyo.

—¿Sabes adónde van esos trenes llenos de soldados y marcados con cruces rojas?

Meneó la cabeza.

—A Calicut.

El forastero acercó más su rostro. El chico advirtió en él algunos detalles en los que no había reparado: varias cicatrices en la nariz y las mejillas, y una marca en la oreja izquierda.

—El ejército indio está edificando una base entre Kittur y Calicut. Por una sola y única razón... —alzó un dedo—: para hacer con los musulmanes del sur de la India lo que ya están haciendo con los musulmanes de Cachemira.

Ziauddin contempló su taza de té. Se estaba formando una rizada capa de nata en la superficie.

—Yo soy musulmán —dijo—. Hijo de musulmán también.

—Exacto, exacto. —Sus gruesos dedos tapaban ahora toda la taza—. Escucha: cada vez que vigiles los trenes, te ganarás

una pequeña recompensa. Bueno, no siempre cinco rupias, pero algo ganarás. Un pathan cuidando de los demás pathanes. Es una tarea sencilla. Yo me encargaré del trabajo más duro. Tú...

—No me siento bien —dijo Ziauddin—. No podré hacerlo mañana.

El forastero reflexionó un momento.

—Me estás mintiendo. ¿Puedo preguntar por qué?

El chico se pasó un dedo por los labios descoloridos.

—Soy musulmán. Hijo de musulmán también.

—Hay cincuenta mil musulmanes en esta ciudad. —La voz del forastero se había llenado de irritación—. Cada uno de ellos hirviendo de rabia. Dispuesto a la acción. Si te he ofrecido el trabajo ha sido sólo por compasión. Porque me doy cuenta de lo que te han hecho los indios. Si no, se lo habría ofrecido a cualquier otro de esos cincuenta mil hermanos.

Ziauddin apartó su silla de golpe y se puso de pie.

—Pues busque a uno de esos cincuenta mil para que lo haga.

Cuando cruzó la cerca de la pensión, se dio media vuelta. El pathan lo miraba fijamente y le dijo en voz baja:

—¿Es así como me pagas, pequeño pathan?

Ziauddin no dijo nada. Bajó la vista. Lentamente, trazó con el dedo gordo una figura en el suelo: un círculo grande. Inspiró hondo y soltó un ronco silbido.

Luego echó a correr. Se alejó a toda velocidad del hotel, rodeó la estación hacia el lado hindú, corrió hasta el salón de té de Ramanna Shetty, dio la vuelta al local y entró en la tienda azul de la parte trasera donde vivían los empleados. Se sentó dentro, con sus labios descoloridos muy apretados y los dedos entrelazados firmemente sobre las rodillas.

—¿Qué mosca te ha picado? —le dijeron los otros chicos—. No puedes quedarte aquí, ya lo sabes. Shetty te echará.

Lo ocultaron aquella noche, en honor a los viejos tiempos. Cuando despertaron ya se había ido. Ese mismo día fue visto de nuevo en la estación peleándose con los clientes y gritando:

—¡... yo no hago el sinvergüenza!

EL PLANO DE LA CIUDAD

En el centro geográfico de Kittur se levanta la fachada de estuco descascarillado del cine Angel, una sala de películas pornográficas; por desgracia, cuando los nativos dan indicaciones, utilizan el Angel como punto de referencia. El cine está a mitad de Umbrella Street, el corazón del distrito comercial. Una porción importante de la economía de Kittur se basa en la manufactura de *beedis* liados a mano; no es de extrañar, pues, que el edificio más alto del núcleo urbano sea el Engineer Beedi Building, en la misma Umbrella Street, y que pertenece a Mabroor Engineer, considerado el hombre más rico de la ciudad. No lejos de allí se encuentra la heladería más famosa de Kittur: el salón Ideal Traders de helados y zumos frescos. El cine White Stallion, el único con películas exclusivamente en inglés, es otra de las atracciones de la zona. El Ming Palace, el primer restaurante chino de la ciudad, abrió sus puertas en Umbrella Street en 1986. El templo Ganapati de esta misma calle se inspira en un famoso templo de Goa y en él se celebra una ofrenda anual en ho-

nor de la divinidad con cabeza de elefante. Continúe por Umbrella Street hacia el norte del cine Angel; pasada la plaza Nehru y la estación de ferrocarril, llegará al barrio católico de Valencia, cuyo monumento más destacado es la catedral de Nuestra Señora de Valencia. La Doble Puerta, un arco de entrada de la época colonial situado en su extremo más alejado, conduce a la zona de Bajpe, en tiempos un bosque, pero hoy en día un suburbio en rápida expansión. Al sur del cine Angel, la calle asciende hacia la colina del Faro y baja después hasta el Pozo de Agua Fresca. Del transitado cruce que hay junto al Pozo, arranca la carretera que va al Bunder, la zona portuaria.

Al sur del Bunder puede contemplarse el Cañón del Sultán, un fuerte de piedra negra desde el que se domina la carretera que cruza el río Kaliamma y llega a Salt Market Village, la población anexa más meridional de Kittur.

PRIMER DÍA (TARDE): EL BUNDER

Después de bajar por la carretera del Pozo de Agua Fresca, y dejar atrás Masjid Road, el visitante empezará a percibir un olor a salitre y advertirá la profusión de puestos de pescado al aire libre, rebosantes de gambas, mejillones, camarones y ostras. Está usted a un paso del mar de Arabia.

El Bunder, la zona alrededor del puerto, es ahora mayoritariamente musulmán. Su monumento principal es el Dargah, la tumba-santuario de Yusuf Ali, una cúpula blanca a la que cada año acuden en peregrinación miles de musulmanes del sur de la India. El viejo baniano que hay detrás de la tumba del santo está siempre engalanado con cintas verdes y doradas, pues se cree que posee el poder de curar a los inválidos.

Decenas de leprosos, mutilados, ancianos y víctimas de parálisis parcial se acucillan en el exterior del santuario pidiendo limosna a los visitantes.

Si camina usted hacia el otro extremo del Bunder, encontrará una zona industrial con docenas de talleres textiles ubicados en lóbregos y viejos edificios. El Bunder presenta el índice de criminalidad más alto de Kittur y, con frecuencia, se producen reyertas a

cuchillo, redadas policiales y detenciones. En 1987 se desataron disturbios entre hindúes y musulmanes cerca del Dargah y la Policía clausuró la zona durante seis días. Desde entonces, los hindúes se han ido trasladando a Bajpe y a Salt Market Village.

Abbasi descorchó la botella —Johnny Walker Etiqueta Roja, el segundo mejor whisky conocido en el cielo y la tierra— y sirvió una exigua medida en cada uno de los dos vasos, que llevaban el logo de Air India, clase maharajá. Abrió el frigorífico, sacó un cubo de hielo y puso tres cubitos en cada vaso. Añadió agua fría y removi6 las bebidas con una cuchara. Luego baj6 la cabeza y se dispuso a escupir en uno de los vasos.

«Ah, demasiado simple, Abbasi. Demasiado simple.»

Trag6 la saliva. Se baj6 la cremallera de sus pantalones de algod6n y dej6 que se le deslizaran por las piernas. Juntando el 6ndice y el coraz6n de la mano derecha, se los meti6 bien adentro en el recto; luego los hundi6 en uno de los vasos y removi6.

Volvi6 a subirse los pantalones y la cremallera. Mir6 frunciendo el ce6n el whisky contaminado; ahora venía lo m6s dif6cil: ingeniárselas para que el vaso acabara en manos del hombre adecuado.

Sali6 de la despensa con una bandeja.

El funcionario del Consejo Estatal de Electricidad, sentado a la mesa de Abbasi, sonri6 de oreja a oreja. Era un tipo gordo de tez oscura, con un traje de safari azul y un bol6grafo plateado en el bolsillo de la chaqueta. Abbasi coloc6 con cuidado la bandeja sobre la mesa, justo delante de su invitado.

—Por favor —le dijo, con edulcorada hospitalidad.

El funcionario ya se había llevado el vaso a los labios y estaban d6ndole sorbos y relamiéndose los labios. Se termin6 el whisky poco a poco y dej6 el vaso en la mesa.

—Bebida de hombres.

Abbasi sonrió con ironía.

El otro se llevó las manos a la barriga.

—Quinientas —dijo—. Quinientas rupias.

Abbasi era un hombre menudo, con una barba vetuada de gris que no trataba de disimular con ningún tinte, como hacían muchos hombres de media edad en Kittur. A él le parecía que esos trazos blancos le daban un aire perspicaz, cosa que le hacía falta, pensaba, porque era consciente de la fama que tenía entre sus amigos de ser un tipo más bien ingenuo y propenso a sufrir accesos de idealismo.

Sus antepasados, que habían servido en los salones reales de Hyderabad, le habían legado un sofisticado sentido de la cortesía y de los buenos modales que él había adaptado a la realidad del siglo XX con toques de paródico sarcasmo.

Juntó las manos en un *namasté* hindú y le hizo una profunda reverencia al funcionario.

—*Sahib*, ya sabe que acabamos de reabrir la fábrica. Ha habido muchos gastos. Si pudiera mostrar usted...

—Quinientas. Quinientas rupias.

El funcionario le dio la vuelta al vaso y observó el logo de Air India con el rabillo del ojo, como si una pequeña parte de él se avergonzara de lo que estaba haciendo. Se señaló la boca con los dedos.

—Uno tiene que comer, señor Abbasi. Los precios suben muy deprisa hoy en día. Desde que murió la señora Gandhi este país se está viniendo abajo.

Abbasi cerró los ojos. Se acercó a su escritorio, abrió un cajón, sacó un fajo de billetes, los contó y le puso el dinero delante al grueso funcionario. Éste, humedeciéndose el dedo a cada billete, los contó uno a uno; luego se sacó del bolsillo una goma elástica y la pasó dos veces alrededor del fajo.

Pero Abbasi sabía que el suplicio no había concluido.

—*Sahib*, en esta fábrica tenemos una tradición. Nunca permitimos que un invitado se vaya sin un regalo.

Pulsó el timbre para llamar a Ummar, su administrador, que entró casi en el acto con una camisa en las manos. Había estado esperando fuera todo el rato.

El funcionario sacó la camisa blanca de la caja de cartón. Examinó el diseño: un dragón dorado cuya cola rodeaba toda la camisa hasta la espalda.

—Es preciosa.

—La enviamos a los Estados Unidos. La llevan los bailarines profesionales; la llaman «Baile de Salón». Se ponen esta camisa y giran bajo las luces rojas de la discoteca.

Abbasi alzó las manos por encima de la cabeza y dio un par de vueltas, meneando las caderas y las nalgas con aire sugerente; el funcionario lo miró con ojos lascivos.

—Baile un poco más para mí, Abbasi —dijo, aplaudiendo.

Luego se acercó la camisa a la nariz e inhaló tres veces.

—Este estampado —dijo, repasando el contorno del dragón con un dedo rechoncho— es una maravilla.

—Ese dragón es el motivo de que tuviera que cerrar —dijo Abbasi—. Para coserlo hace falta un bordado muy fino. Los ojos de las mujeres que lo hacen acaban dañándose. Un día, alguien me hizo reparar en ello. Y yo pensé: «No quiero tener que responder ante Alá del daño causado a los ojos de mis empleadas». Así que les dije: «Marchaos a casa», y cerré la fábrica.

El funcionario sonrió, irónico. Otro de esos musulmanes que beben whisky e invocan a Alá a cada frase.

Volvió a meter la camisa en la caja y se la puso bajo el brazo.

—¿Qué le ha hecho volver a abrir, entonces?

Abbasi juntó los dedos y se los llevó a la boca.

—Uno tiene que comer, *sahib*.

Bajaron juntos las escaleras; Ummar detrás, a una distancia prudencial. Cuando llegaron abajo, el funcionario vio a su derecha una lóbrega entrada. Dio un paso hacia la oscuridad. En la penumbra distinguió a las mujeres con camisas blancas en el regazo, bordando dragones aún a medio terminar. Quería ver más, pero Abbasi no se movió de su sitio.

—¿Por qué no entra, *sahib*? Lo espero afuera.

Se volvió de cara a la pared mientras Ummar se llevaba al funcionario para enseñarle el taller, presentarle a algunos trabajadores y acompañarlo hasta la salida. El funcionario le tendió la mano a Abbasi antes de marcharse.

«No tendría que haberlo tocado», se dijo cuando hubo cerrado la puerta.

A las seis, media hora después de que las mujeres hubieran abandonado la sala de bordado, Abbasi cerró la fábrica, subió a su Ambassador y condujo desde el Bunder hacia Kittur. Sólo podía pensar en una cosa.

La corrupción. No tiene freno en este país.

En los últimos cuatro meses, desde que había decidido volver a abrir la fábrica, había tenido que sobornar: al hombre de la compañía de electricidad; al del agua; a la mitad del Departamento del Impuesto sobre la Renta de Kittur; a la mitad del Departamento de Aduanas; a seis funcionarios de la compañía telefónica; a un funcionario de contribuciones territoriales del Ayuntamiento de Kittur; al inspector sanitario de la Junta de Salud del Estado de Karnataka; al inspector de la Junta de Salubridad del Estado de Karnataka; a la delegación del Sindicato de Trabajadores de la Pequeña y Mediana Empresa de la India; a las delegaciones respectivas en Kittur del Partido del Congreso, del Partido Popular Indio, del Partido Comunista y de la Liga Musulmana.

El Ambassador blanco ascendió por el sendero de acceso a una gran mansión encalada. Cuatro noches a la semana, Abbasi

iba al club Canara y se encerraba en una salita con aire acondicionado y una mesa de billar para jugar al *snooker* y beber con sus amigos. Tenía buen ojo, pero su puntería se deterioraba después del segundo whisky, de manera que sus amigos procuraban jugar largas rondas con él.

—¿Qué te preocupa, Abbasi? —le dijo Sunil Shetty, dueño de otra fábrica de camisas en el Bunder—. Estás jugando al tuntu esta noche.

—Otra visita del Departamento de Electricidad. Un auténtico hijo de puta esta vez. Un tipo de tez oscura. De casta baja.

Sunil Shetty ronroneó con simpatía; Abbasi falló el tiro.

A media partida, los jugadores se apartaron de pronto de la mesa: un ratón correteaba por el suelo y recorrió las paredes hasta encontrar un agujero y desaparecer.

Abbasi dio un puñetazo en el borde de la mesa.

—¿Queréis decirme adónde va a parar el dinero de nuestras cuotas? ¡Ni siquiera son capaces de mantener limpio el suelo! ¿No veis lo corrupta que es la dirección de este club?

Dicho lo cual, se sentó con la espalda pegada a un cartel que decía: «LAS REGLAS DEL JUEGO DEBEN RESPETARSE SIEMPRE» y miró jugar a los demás, con la barbilla apoyada en la punta del taco de billar.

—Estás muy tenso, Abbasi —le dijo Ramanna Padiwal, que tenía una tienda de telas de seda y rayón en Umbrella Street y era el mejor jugador de *snooker* de la ciudad.

Para demostrar que no era así, Abbasi pidió whisky para todos. Dejaron de jugar, alzaron los vasos envueltos en servilletas de papel y empezaron a beber a pequeños sorbos. Como siempre, de lo primero que hablaron fue del propio whisky.

—¿Sabéis ese tipo que va de casa en casa ofreciendo veinte rupias a cambio de los cajas viejas de Johnnie Walker Etiqueta Roja? —dijo Abbasi—. ¿A quién se las venderá?

Los demás se echaron a reír.

—Para ser musulmán, eres ingenuo de verdad —dijo Padiwal, el vendedor de coches de segunda mano, tras soltar una carcajada—. Se las vende al contrabandista de licores, desde luego. Por eso el Johnnie Walker que compras en la tienda, aunque venga en una botella y una caja auténticas, es de contrabando.

Abbasi repuso lentamente, trazando círculos en el aire con un dedo:

—Entonces, ¿le he vendido la caja... a un tipo que se la venderá... al hombre que destila el mejunje y me lo vende a mí? O sea, ¿me he estafado a mí mismo?

Padiwal le lanzó una mirada alucinada a Sunil Shetty.

—Para ser musulmán —dijo— este tipo es un auténtico...

Ése era el sentimiento generalizado entre los empresarios desde que Abbasi había cerrado su fábrica porque el trabajo dañaba la vista de sus empleadas. La mayoría de los presentes poseían o habían invertido en fábricas que empleaban a las mujeres en idénticas condiciones, y a ninguno se le había pasado por la cabeza cerrarlas porque alguna se quedase ciega de vez en cuando.

—El otro día —dijo Sunil Shetty— leí en el *Times of India* que el jefe de Johnnie Walker ha dicho que en cualquier ciudad pequeña de la India se consume más Etiqueta Roja del que se produce en toda Escocia. En estas tres cosas —las fue contando con los dedos—: mercado negro, falsificación y corrupción, somos los campeones mundiales. Si las incluyeran en los Juegos Olímpicos, la India se llevaría siempre el oro, la plata y el bronce en las tres modalidades.

Pasada la medianoche, Abbasi salió tambaleante del club y le dio una moneda al guardia que se había levantado de su silla para saludarle y ayudarlo a subirse al coche.

Del todo borracho a aquellas alturas, salió a toda velocidad de Kittur y llegó enseguida al Bunder, donde redujo la velocidad en cuanto sintió la caricia de la brisa marina.

Se detuvo en el arcén al divisar su casa y decidió que necesitaba otro trago. Siempre llevaba una botellita de whisky escondida bajo el asiento para que su mujer no la viera. Al agacharse y deslizar la mano por el suelo, se dio un golpe en la cabeza con el salpicadero, pero encontró la botella y un vaso.

Después de echar un trago, comprendió que no podía volver a casa; su mujer notaría el tufo a alcohol en cuanto cruzara el umbral y le montaría otra escenita. Ella no entendía por qué bebía tanto.

Condujo hasta el Bunder. Aparcó junto al vertedero y caminó hacia un salón de té. Más allá de la pequeña playa, se veía el mar. El aire estaba impregnado de olor a pescado frito.

En la fachada del salón de té, un cartel negro escrito con tiza decía: «CAMBIAMOS MONEDA PAKISTANÍ». Las paredes del local estaban adornadas con fotografías de la Gran Mezquita de la Meca y con un póster de un chico y una chica que se inclinaban con aire reverente ante el Taj Mahal. Afuera había una terraza con cuatro bancos. A un lado, una cabra de manchas marrones atada a un poste masticaba hierba seca.

Había varios hombres sentados en uno de los bancos. Abbasi le tocó el hombro a uno de ellos, que se dio la vuelta.

—Abbasi.

—Mehmood, hermano. Hazme sitio.

Mehmood, un hombre grueso con barbita y sin bigote, se removió un poco y Abbasi se apretujó a su lado. Abbasi había oído decir que Mehmood robaba coches; que sus cuatro hijos los llevaban a un pueblo de la frontera de Tamil Nadu, dedicado exclusivamente a la compraventa de coches robados.

Junto a él, Abbasi reconoció a Kalam, que, según se decía,

importaba hachís desde Bombay y lo enviaba a Sri Lanka; a Saif, que había apuñalado a un hombre en Trivandrum, y a un tipo menudo de pelo blanco al que llamaban el Profesor, que estaba considerado como el más turbio de todos.

Eran contrabandistas, ladrones de coches, matones y cosas peores; pero mientras permanecieran juntos tomando té, Abbasi no corría peligro. Era la ley del Bunder. Podían apuñalarte a la luz del día, pero nunca de noche mientras tomabas el té. En cualquier caso, el sentimiento de solidaridad entre musulmanes se había afianzado desde los disturbios.

El Profesor estaba terminando de contar una historia ocurrida en Kittur en el siglo XII. Trataba de un marinero árabe llamado Bin Saad que había avistado la ciudad cuando ya desesperaba de encontrar tierra. Entonces, con las manos alzadas hacia Alá, había prometido que si llegaba sano y salvo a la costa, no volvería a beber ni a jugar.

—¿Mantuvo su palabra?

El Profesor guiñó un ojo.

—Adivínalo.

El Profesor siempre era bien recibido en las tertulias nocturnas del salón de té, porque conocía muchas cosas fascinantes sobre el puerto. Por ejemplo, que su historia se remontaba a la Edad Media, o que el sultán Tipu había instalado allí un cañón de fabricación francesa para ahuyentar a los británicos.

Ahora señaló a Abbasi con un dedo.

—No pareces el de siempre. ¿Qué te atormenta?

—La corrupción —dijo Abbasi—. La corrupción. Es como un demonio que se me ha metido en el cerebro y que se lo está comiendo con tenedor y cuchillo.

Los demás se apiñaron para escuchar mejor. Abbasi era un hombre rico; debía de tener un conocimiento de la corrupción que superaba con creces el de todos ellos.

Cuando les contó lo sucedido aquella mañana, Kalam, el traficante de drogas, sonrió y le dijo:

—Eso no es nada, Abbasi. —Señaló el mar con un gesto—. Yo tengo un barco, la mitad cargado de cemento y la mitad de otra cosa, que lleva esperando un mes entero a doscientos metros mar adentro. ¿Por qué? Porque ese inspector del puerto me está exprimiendo. Le pago y él todavía quiere sacarme más, muchísimo más. Así que el barco sigue ahí a la deriva, con la mitad de cemento y la mitad de otra cosa.

—Yo creía que la situación mejoraría cuando ese joven Rajiv se hizo con las riendas del país —dijo Abbasi—. Pero nos ha decepcionado a todos. Es tan malo como los demás políticos.

—Necesitamos a un hombre que les haga frente —dijo el Profesor—. Un hombre honrado y valiente. Ese hombre haría más por este país de lo que hicieron Gandhi o Nehru.

El comentario fue recibido con asentimiento general.

—Sí —dijo Abbasi, acariciándose la barba—. Y a la mañana siguiente aparecería flotando en el río Kalamamma. Así.

Adoptó el aire de un cadáver.

Todos asintieron también. Pero incluso antes de pronunciar estas palabras, Abbasi había empezado a pensar: «¿De verdad es así? ¿No podemos hacer nada para combatirlos?».

En el bolsillo del Profesor entrevió el brillo de un cuchillo. El efecto del whisky se le estaba pasando, pero lo había arrastrado a un lugar extraño y la mente también se le empezaba a llenar de ideas extrañas.

El ladrón de coches pidió otra ronda de té, pero Abbasi, bostezando, entrelazó las manos y meneó la cabeza, rechazando la invitación.

Al otro día, se presentó al trabajo a las 10.40 con un tremendo dolor de cabeza.

Ummar le abrió la puerta. Abbasi saludó con un gesto y

tomó la correspondencia. Con la cabeza gacha, se dirigió a las escaleras que conducían a su despacho, pero se detuvo. En el umbral del taller, una de las costureras lo miraba fijamente.

—No te pago para que pierdas el tiempo —le espetó.

Ella se dio la vuelta y desapareció. Abbasi subió a toda prisa.

Se puso las gafas, leyó las cartas, luego el periódico, bostezó, tomó té y abrió un libro de contabilidad con el logo del banco Karnataka. Repasó una lista de clientes donde figuraban los que habían pagado y los que no. Seguía pensando en la partida de *snooker* de la noche anterior.

Se abrió la puerta con un chirrido y Ummar asomó la cabeza.

—¿Qué hay?

—Están aquí.

—¿Quién?

—Los del Gobierno.

Dos hombres con camisa de poliéster y pantalones acampañados azules apartaron a Ummar y entraron en el despacho. Uno de ellos, un tipo fornido con una buena barriga y unos bigotes generosos, como los de un luchador de feria, dijo:

—Departamento del Impuesto sobre la Renta.

Abbasi se puso de pie en el acto.

—¡Ummar! ¡No te quedes ahí pasmado! ¡Que una de las mujeres corra a buscar té al salón de la playa! ¡Y que traiga esas galletas redondas de Bombay también!

El enorme funcionario se sentó ante la mesa sin aguardar a que lo invitaran. Su compañero, un tipo flaco que mantenía las manos enlazadas delante, titubeó nervioso hasta que el otro le indicó con un gesto que se sentara.

Abbasi sonrió. El funcionario de los bigotes empezó a hablar.

—Acabamos de recorrer el taller de la fábrica. Hemos visto a las mujeres que tiene empleadas y hemos comprobado la calidad de las camisas que confeccionan.

Abbasi aguardó sonriendo.

Esta vez la cosa no se hizo esperar.

—Creemos que está ganando mucho más dinero del que nos ha declarado.

A Abbasi le palpitaba el corazón. Pensó que debía calmarse. Siempre hay una solución.

—Mucho, muchísimo más.

—*Sahib, sahib* —dijo Abbasi, peinando el aire con gestos conciliadores—, en esta fábrica tenemos una costumbre: todo el que viene aquí recibe antes de irse un regalo.

Ummar, que sabía de sobra lo que había de hacer, esperaba fuera con dos camisas. Con una sonrisa aduladora, entró y se las ofreció a los funcionarios, que aceptaron el soborno sin pronunciar palabra, aunque el flaco, antes de tomar la suya, miró al grandullón buscando su aprobación.

—¿Qué más puedo hacer por ustedes, *sahibs*? —dijo Abbasi.

El de los bigotes sonrió (su compañero lo imitó) y luego alzó tres dedos.

—Cada uno.

Trescientas por cabeza era demasiado poco. Si hubieran sido auténticos profesionales del Departamento de Impuestos no se habrían conformado con menos de quinientas. Abbasi dedujo que aquellos dos eran unos novatos. Al final, acabarían aceptando cien cada uno, además de las camisas.

—Permítanme que les ofrezca primero un pequeño estimulante. ¿Toman Etiqueta Roja los *sahibs*?

El flaco casi saltó de su asiento de la emoción, pero el grandullón le dirigió una mirada fulminante.

—Etiqueta Roja está bien.

Seguramente, advirtió Abbasi, nunca les habían ofrecido otra cosa que licor de garrafa.

Entró en la despensa, sacó la botella y sirvió tres vasos con el logo de Air India, clase maharajá. Abrió el frigorífico, puso dos cubitos en cada uno y añadió un chorrito de agua helada. Escupió en dos de los vasos y los situó cuidadosamente al otro lado de la bandeja.

La idea se le vino a la cabeza como un meteorito caído de un cielo más puro. No. Lentamente, se fue desplegando en el interior de su mente. No, no podía darles whisky a aquellos hombres. Quizá se trataba de licor adulterado, vendido en cajas adquiridas con pretextos engañosos. Pero aun así era cien veces demasiado puro para que lo tocaran sus labios.

Se bebió un whisky, y luego el segundo y el tercero.

Diez minutos después, regresó al despacho andando pesadamente. Cerró con llave y apoyó en la puerta todo su peso.

El grandullón se volvió bruscamente.

—¿Por qué cierra?

—*Sahibs*, esto es el puerto del Bunder y tiene antiguas tradiciones y costumbres que se remontan muchos siglos atrás. Cualquiera es libre de venir aquí por su propia voluntad, pero sólo puede marcharse con el permiso de la gente del lugar.

Abbasi se acercó silbando al escritorio, levantó el teléfono y lo esgrimió como un arma ante las narices del grandullón.

—¿Llamo ahora mismo a la Oficina de Impuestos? ¿Averiguo si contaban con autorización para venir aquí? ¿Eh?

Los dos parecían incómodos. El flaco empezó a sudar. «Lo he adivinado —pensó Abbasi—. Es la primera vez que lo hacen.»

—Mírense las manos. Han aceptado de mí unas camisas. Son un soborno. Ahí está la prueba.

—Oiga...

—¡No! ¡Oigan ustedes! —gritó Abbasi—. No saldrán vivos de aquí hasta que me firmen una confesión de lo que pre-

tendían hacer. A ver cómo se las arreglan para huir. Esto es el puerto, tengo amigos por todas partes. Bastará con que chasquee los dedos para que acaben flotando en el río Kaliaamma. ¿No me creen?

El grandullón miró al suelo; el otro sudaba copiosamente. Abbasi abrió y sostuvo la puerta abierta.

—Fuera. —Y con una gran sonrisa, les hizo una profunda reverencia—. *Sahibs*.

Los dos hombres salieron a toda prisa sin decir palabra. Oyó sus pasos apresurados en la escalera y luego el grito de sorpresa de Ummar, que subía el té y las galletas en una bandeja.

Apoyó la cabeza en la fresca superficie de la mesa y se preguntó qué acababa de hacer. En cualquier momento le cortarían la luz; los funcionarios volverían con más hombres y una orden de detención.

Empezó a pasear de un lado para otro. «¿Qué me está pasando?» Ummar lo miraba en silencio.

Para su sorpresa, al cabo de una hora no había llamado nadie de la oficina de impuestos. Los ventiladores seguían funcionando. La luz no se había ido.

Abbasi empezó a albergar esperanzas. Esos tipos eran unos principiantes. Tal vez habían vuelto a la oficina y habían seguido trabajando. Incluso si se habían quejado, los funcionarios del Gobierno actuaban con cautela en el Bunder desde los disturbios; quizá no querían enemistarse ahora con un hombre de negocios musulmán. Contempló el Bunder por la ventana. Aquel puerto violento y podrido, lleno de basura, plagado de carteristas y matones armados con cuchillos... parecía el único lugar donde uno se hallaba a salvo de la corrupción de Kittur.

—¡Ummar! —gritó—. Me voy a ir más pronto al club. Llama a Sunil Shetty y dile que vaya cuanto antes. ¡Tengo una gran noticia que darle! ¡He derrotado a la oficina de impuestos!

* * *

Bajó las escaleras corriendo y se detuvo en el último peldaño. A su derecha se hallaba abierta la entrada del taller. En las últimas seis semanas, desde que había vuelto a abrir la fábrica, no había cruzado aquel umbral. Ummar se había ocupado de todo. Pero ahora aquella entrada oscura se le había vuelto ineludible.

Sintió que no le quedaba más remedio que entrar. Se daba cuenta ahora de que todo lo ocurrido esa mañana había sido, en cierto modo, una trampa para llevarlo hasta allí, para obligarle a hacer lo que había evitado desde la reapertura.

Las mujeres estaban sentadas en el suelo del taller, apenas iluminado por los fluorescentes que parpadeaban en el techo. Cada una ocupaba un puesto indicado con un número pintado en la pared con letras rojas. Sostenían las camisas blancas casi pegadas a los ojos y las iban cosiendo con hilo dorado. Se detuvieron al verlo. Abassi les indicó que continuaran. No quería que fijaran sus ojos en él. Aquellos ojos que se iban dañando mientras confeccionaban las maravillosas camisas que él vendería a los bailarines americanos.

¿Dañando? No, ésa no era la palabra. No era la razón de que las hubiera arrinconado en aquel cuarto.

Todas las mujeres que había allí se estaban quedando ciegas. Se sentó en una silla en el centro del taller.

El oculista se lo había dejado bien claro: aquel tipo de bordado tan fino que precisaban las camisas les destruía la retina. Incluso le había mostrado con los dedos el grosor de las cicatrices que les dejaba. Por mucho que mejorase la iluminación, el impacto en la retina no disminuiría. El ojo humano no estaba hecho para mirar durante horas unos dibujos tan intrincados. Ya se habían quedado ciegas dos mujeres; por eso había cerrado la fábrica. Cuando abrió de nuevo, todas sus antiguas empleadas

volvieron de inmediato. No ignoraban su destino, pero no podían conseguir otro trabajo.

Abbasi cerró los ojos. Lo único que deseaba en ese momento era que Ummar le gritara que lo necesitaban arriba con urgencia.

Pero nadie acudió a rescatarlo y permaneció en aquella silla mientras las mujeres que lo rodeaban seguían cosiendo; mientras sus dedos no paraban de hablarle: «¡Nos estamos quedando ciegas! ¡Míranos!».

—¿Le duele la cabeza, *sahib*? —oyó que le decía una mujer—. ¿Quiere que vaya a buscarle una aspirina y un vaso de agua?

Incapaz de mirarla siquiera, Abbasi dijo:

—Haced el favor de marcharos a casa. Volved mañana. Pero hoy marchaos a casa, por favor. Cobraréis igual.

—¿Está descontento con nosotras, *sahib*?

—No. Por favor, marchaos a casa. Cobraréis por todo el día. Volved mañana.

Oyó el rumor de sus pasos. Ya debían de haber salido.

Habían dejado todas las camisas en sus puestos. Tomó una; el dragón estaba sólo bordado a medias. Frotó la tela entre los dedos. Notaba la delicada trama de la corrupción.

«La fábrica está cerrada. Ya está, ¿contento? La fábrica está cerrada», habría deseado gritarle al dragón.

¿Y después? ¿Quién enviaría a su hijo al colegio? ¿Acabaría también en el muelle con un cuchillo en el bolsillo y robaría coches como Mehmood? Las mujeres se irían a otra fábrica a hacer el mismo trabajo.

Se dio una palmada en el muslo.

Miles y miles de hombres, sentados en salones de té, en universidades y centros de trabajo, maldecían la corrupción día y noche. Pero ninguno había encontrado el modo de matar a ese

demonio sin ceder su parte del botín. Así pues, ¿por qué él, precisamente él —un vulgar hombre de negocios aficionado al whisky y al *snooker*, y a los cotilleos de los matones—, tenía que aportar una respuesta?

Pero, al cabo de un momento, cayó en la cuenta de que ya tenía una respuesta.

Le ofreció un trato a Alá. Él iría a la cárcel, pero su fábrica seguiría funcionando. Cerró los ojos y le rezó a su dios para que aceptara aquel trato.

Pero pasó una hora y nadie había venido a detenerlo.

Abbasi abrió una ventana de su despacho. Sólo veía edificios, una carretera congestionada y viejos muros. Abrió todas las ventanas, pero sólo veía muros y más muros. Subió al tejado y se agachó por debajo del tendedero para salir a la terraza. Al llegar al borde, puso un pie en el tejadillo que sobresalía sobre la fachada de la fábrica.

Desde allí se divisaban los límites de Kittur. Junto a la costa se sucedían, uno tras otro, un minarete, la aguja de una iglesia y la torre de un templo, como si fueran los postes indicadores que identificaban las tres religiones de la ciudad a los viajeros que llegaban por mar.

Abbasi contempló el mar de Arabia, que se extendía más allá de Kittur. El sol brillaba en el cielo. Un barco salía del Bunder lentamente y se aproximaba a la zona donde las aguas azules cambiaban de color y adquirían un tono más intenso; estaba a punto de entrar en un tramo destellante de sol, en un oasis de pura luz.